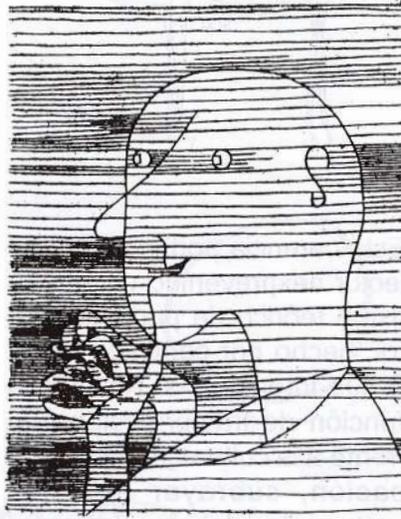




Reseña



LA EDUCACION Y EL PROYECTO DE LA MODERNIDAD

Avila Penagos, Rafael. Ediciones Antropos. Santafé de Bogotá, 1994, 149 págs.

Valorar un texto en su justa dimensión no es siempre tarea fácil, máxime cuando buena parte de la intencionalidad del texto se orienta a promover la polémica y suscitar elementos para el debate; en este caso nos vemos siempre abocados a confrontar las concepciones e intereses del autor con aquellas del lector juicioso.

Es éste, sin lugar a dudas, el caso del nuevo libro del profesor Rafael Avila, *La educación y el proyecto de la modernidad*, publicado por ediciones Antro-

pos. Texto que bien merece una lectura en aras de ese debate en el que, hoy por hoy, fluctúa nuestra cultura: la aparente e imperiosa necesidad de «promover la transformación hacia la modernidad», tránsito para el cual la educación «es un camino de creciente importancia estratégica» como bien sostiene el autor.

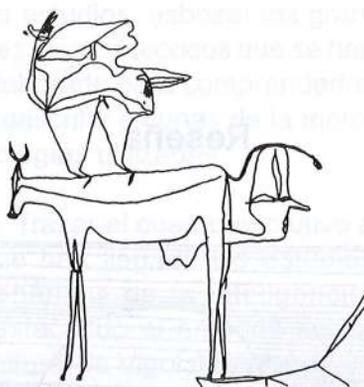
Educación, cultura y modernidad, he aquí los ejes alrededor de los cuales giran las reflexiones, cuestionamientos y propuestas que a lo largo de sus

149 páginas -sin incluir el anexo- hace el profesor Avila de manera concisa, en un lenguaje llano, desprovisto de la grandilocuencia a que nos tienen acostumbrados pedagogos y sociólogos, mediante capítulos cortos en los que no apabullan las citas bibliográficas ni las bibliografías enciclopédicas. Un texto, en pocas palabras, con el tácito propósito de estar dirigido al gran público del magisterio; el más llamado, precisamente, a asumir la problemática relacionada con el papel de la educación en la transforma-

ción cultural de la sociedad y en la definición de nuevos derroteros sociales.

En esta perspectiva se sitúa el problema de la modernidad en conexión con la especificidad de nuestra tradición sociocultural: ¿Qué significa para nuestros pueblos ser modernos? ¿Cuál es el sentido del proyecto de la modernidad en nuestro contexto? ¿Cómo se inserta la educación en dicho proyecto? ¿Cómo lo afectan las dinámicas de la geopolítica internacional? ¿Cuál es el rol que le compete al maestro en dicha empresa? En consonancia, ¿cuál es la especificidad de su práctica? Todas sus preguntas, y muchas que el texto sugiere, matizan la problemática que se plantea a lo largo de los ocho capítulos; problemática que, tal vez en pos de la brevedad, no se desarrolla en todas sus implicaciones, cayendo en algunos aspectos en la descripción superficial o en afirmaciones sin el suficiente soporte argumental.

Particularmente, extraña una crítica más detallada en torno a dos nociones que el autor asume como centrales: la de cultura y la de regulación cultural. Nociones frente a las cuales el texto se limita a consignar reseñas en verdad excedidas de síntesis; ante ello, se hecha de menos, para quienes lo conocemos, el rigor crítico matizado de erudición que el profesor Avila acostumbra en sus disertaciones.



Esta carencia podría sugerir al lector desprevenido un sincretismo teórico de parte del autor, hecho por completo ajeno a sus intenciones: resaltar la función de transformación que frente a la cultura juega la educación, subrayar el papel protagónico del maestro como trabajador de la cultura y profesional de la educación, llamar la atención sobre la necesidad de fortalecer los procesos de formación de una élite del conocimiento e impulsar desde los ámbitos académicos un amplio movimiento cultural que, como alternativa frente a la ideología dominante, propugne por una reconstrucción del orden social, lidere los procesos de secularización de la vida cotidiana y haga posible el surgimiento de un nuevo sujeto de derecho, de un nuevo ciudadano que, en tanto actor social, se comprometa con el desarrollo de un país caracterizado por la heterogeneidad y la diferencia, y de una sociedad signada hasta ahora por las desigualdades, la violencia y la injusticia.

Como todo texto polémico, cae éste en ciertas imprecisiones producto, muchas de ellas, y en particular las de reseña teórica, de un bien intencionado deseo de síntesis. Entre los capítulos IV y V queda una vaga sensación de vacío, el saltó que entre ellos se produce deja entrever una falta de matices respecto a la función de la educación en la prosecución de nuestro proyecto cultural moderno y pone de presente la carencia de mayor profundización respecto al rol que ha de jugar el maestro en esta finalidad; no es de extrañar, por ello, que el libro se detenga más en subrayar el carácter diferenciador de la práctica profesional del maestro frente a otras prácticas sociales que en relevar las cualidades que hacen del maestro un profesional de la cultura y que, en cuanto colectivo, lo constituyen en agente de transformación cultural y vigía por excelencia de la sociedad en que interactúa.

Especial mención merecen el detallado trabajo que se hace en los capítulos finales a propósito del saber pedagógico y las implicaciones que de dicho análisis se derivan para la práctica cotidiana del docente. En verdad gratificante la forma en que se enfilan baterías contra las tradiciones pedagogizante y cientifizante de la educación que tanto daño han hecho a la práctica educativa, especialmente en cuanto se refiere al desarrollo de la autonomía intelectual del docente y a la



constitución de una comunidad académica de profesionales de la educación. Contradictorio resulta, eso sí, el dejo de nostalgia que por el statu que se percibe al final, en la forma de defensa de las cuestionadas facultades de educación.

En síntesis, un texto interesante con la gran virtud de dejarse leer, de plantear sin ambages discusiones polémicas, comprometido con una utopía que muchos maestros quizás compartimos y, sobre todo, pleno de sugerencias, convocante a la

acción y abierto a las contradicciones en una época en la que el escepticismo suele confundirse con la más enfermiza de las abulias.

JUAN CARLOS OROZCO CRUZ
Profesor Departamento de Física
Universidad Pedagógica Nacional

